

Lo Que Se Debe Buscar En Los Evangelios

Martín Lutero

1521

Es costumbre muy arraigada decir que hay cuatro evangelios, de acuerdo a la cantidad de libros que así se denominan. De ahí que no se sepa lo que dicen San Pablo y San Pedro en sus cartas, y que su doctrina se considere un mero apéndice a la enseñanza de los evangelios, como también se dice en un prólogo de Jerónimo. Además, hay una costumbre que es aún peor: los evangelios y cartas se tienen por códigos en los cuales se debe aprender qué hemos de hacer, presentándonos las obras de Cristo sólo a modo de ejemplo. Ahora bien, cuando estos dos conceptos erróneos quedan arraigados en el corazón, no hay evangelio ni carta que pueda leerse con provecho y de manera cristiana, sino que seguimos siendo meros paganos como antes.

Por tanto, es preciso saber que existe un solo evangelio, si bien ha sido descrito por muchos apóstoles. Cada una de las epístolas de Pablo y Pedro, además de los Hechos de los Apóstoles de Lucas, es un evangelio, aunque no relaten todas las obras y palabras de Cristo, sino que un libro las contenga en forma más breve y en número más reducido que el otro. Ni siquiera entre los cuatro evangelios grandes hay alguno que incluye todas las palabras y hechos de Cristo. Esto tampoco es necesario. "Evangelio" no es ni puede ser otra cosa que un discurso o un relato acerca de Cristo. Lo mismo sucede también entre los hombres: cuando uno escribe un libro sobre un rey o un príncipe, sobre lo que a su tiempo hizo, dijo o sufrió, puede hacerlo de varias maneras. Uno lo describirá extensamente, otro en breves palabras. Del mismo modo el evangelio no puede ser ni es otra cosa que crónica, relato o leyenda acerca de Cristo, describiendo quién es, qué hizo, dijo y sufrió, lo cual uno ha narrado en forma más breve, otro de manera más explícita, uno de este modo y otro de manera diferente. Puesto que, en síntesis, el evangelio es un discurso acerca de Cristo, anunciando que es Hijo de Dios y se hizo hombre por nosotros, murió y resucitó y fue puesto como Señor sobre todas las cosas. Esto es lo que San Pablo se propone resaltar en sus epístolas, dejando de lado todos los milagros y la vida de Cristo descritos en los cuatro evangelios. Y, no obstante, abarca suficiente y abundantemente el evangelio en toda su plenitud. Lo vemos expresado de un modo claro y sutil en el saludo a los romanos 1, donde explica qué es el evangelio, diciendo: "Pablo, un siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, comisionado ¡jara predicar el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en la Santa Escritura, acerca de su Hijo, que le nació de la simiente de David según la carne: el cual fue manifestado Hijo de Dios con potencia, según el espíritu que santifica, en virtud de la resurrección de los muertos: Jesucristo Señor nuestro".

Aquí ves que el evangelio es un relato acerca de Cristo, hijo de Dios y de David, muerto y resucitado y puesto como Señor, lo cual es toda la suma del evangelio. Así como no hay más que un solo Cristo así tampoco no hay ni puede haber más que un solo evangelio. Ya que también San Pablo y San Pedro no enseñan a Cristo sino en la forma antes indicada, sus cartas no pueden

ser otra cosa que el evangelio. En efecto, aun los profetas anunciaron el evangelio y hablaron de Cristo, como San Pablo señala aquí¹, cosa que sabe todo el mundo; de modo que su enseñanza, cuando hablan de Cristo, no es otra cosa que el evangelio verdadero, genuino y auténtico, como si lo hubiesen descrito Lucas o Mateo. Por ejemplo, cuando Isaías 53 dice que (Cristo) morirá por nosotros y llevará nuestro pecado, entonces escribió el evangelio genuino. Y en verdad digo: si uno no tiene esta concepción del evangelio, jamás podrá ser iluminado por la Escritura ni dispondrá de una base firme.

Por otra parte, no debes hacer de Cristo un Moisés, pensando que no hace otra cosa que impartir enseñanza y ejemplo, cosa que hacen los demás santos, como si el evangelio fuese código de doctrina y de leyes. Por consiguiente, has de concebir a Cristo, su palabra, su obra y su padecimiento de dos maneras: primero, como modelo, puesto ante tu vista, al cual debes imitar haciendo lo mismo, como dice San Pedro, 1ª Pedro 4: "Cristo padeció por nosotros, con lo cual nos ha dejado un ejemplo". De manera, pues, que cuando ves que él ora, ayuna, ayuda a las gentes y les demuestra amor, también tú harás lo mismo en cuanto a ti y a tu prójimo. Pero esto es lo menos importante en el evangelio, por lo cual aún no se le puede llamar "evangelio". Pues con esto Cristo no te sirve más que cualquier otro santo. Su vida queda recluida en él mismo, y en nacía te aprovecha a ti; y, en fin, de este modo no se producen cristianos, sino solamente hipócritas. Debes llegar todavía mucho más lejos, si bien hasta ahora, durante mucho tiempo, ha sido la mejor forma —aunque poco común— de predicar. Lo principal y fundamental en el evangelio, antes de tomar a Cristo por dechado, es recibirlo, reconociéndolo como un don y obsequio que te ha sido dado por Dios y que te pertenece. Así, pues, cuando ves ó escuchas que él hace o sufre algo, no debes dudar de que él mismo. Cristo, con esa obra y padecimiento sea tuyo; y que puedes confiar en esto no menos como si tú lo hubieras hecho incluso como si tú fueras el mismo Cristo. Mira, esto significa percibir debidamente el evangelio, a saber, la superabundante bondad de Dios, que ningún profeta, ningún apóstol, ningún ángel ha podido expresar cabalmente; y ningún corazón jamás ha sido capaz de admirarla y captarla suficientemente. Éste es el gran fuego del amor de Dios para con nosotros, por el cual el corazón y la conciencia llegan a tener alegría, firmeza y serenidad. Esto significa predicar la fe cristiana. Par eso tal predicación se llama "evangelio", lo que en alemán significa algo así como: "una buena noticia que difunde alegría y consuelo". Por causa de este mensaje los apóstoles se llaman los doce mensajeros.

Con referencia a esto dice Isaías 9: "Un niño nos es nacido, un hijo nos es dado". Si nos ha sido dado, ha de ser nuestro y hemos de recibirlo como nuestro. Y Romanos 8 dice: "¿Cómo no nos habría de dar también con su hijo todas las cosas?" Mira, si tú tomas a Cristo como un don entregado a ti en propiedad y no lo dudas, entonces eres cristiano. La fe te redime de pecados, muerte e infierno y te hace vencedor de todas las cosas. ¡Ah! De ello nadie puede hablar lo suficiente. Es de lamentar que esta prédica esté encubierta en el mundo, por más que el evangelio se alabe todos los días.

Si, pues, tienes a Cristo de este modo, como fundamento y tesoro principal de tu bienaventuranza, entonces sigue la otra parte, que lo tomes también por dechado, disponiéndote también a servir a tu prójimo, así como ves que él se ha ofrecido a ti. Mira, entonces la fe y el amor toman impulso; se cumple el mandamiento de Dios, el hombre se vuelve alegre e intrépido para hacer y sufrir todo. Por lo tanto, fíjate en esto; Cristo, como don, alimenta tu fe y te hace cristiano. Pero Cristo, como dechado, activa tus obras. Éstas no te hacen cristiano, sino que proceden de ti después de que ya has llegado a ser cristiano. Así como existe una gran diferencia

¹ Romanos 1:2.

entre el don y el dechado, así también se distinguen la fe y las obras. La fe no tiene nada propio, sólo la obra y la vida de Cristo. Las obras tienen algo tuyo propio, pero no deben pertenecerte a ti, sino a tu prójimo.

Por tanto, ves que el evangelio no es propiamente un código de leyes y preceptos que nos exija actuar, sino un libro de promesas divinas, en el cual nos promete, ofrece y da todos sus bienes y beneficios en Cristo. El hecho de que Cristo y los apóstoles impartan muchas enseñanzas buenas, y expongan la ley, ha de considerarse, entre los beneficios, como otra obra de Cristo, ya que la correcta enseñanza no es de ninguna manera el beneficio más insignificante. Por eso vemos también que no insta atrozmente ni apremia, como lo hace Moisés en su libro y como es del mandamiento hacerlo, sino que enseña con amor y amistosamente. Sólo dice qué hemos de hacer y dejar; qué sucederá a los que obran mal o proceden bien. Pero no apremia ni coacciona a nadie. Incluso enseña tan afablemente que más bien anima que manda. Empieza diciendo: "Bienaventurados los pobres", "bienaventurados los mansos", etc. Y también los apóstoles por regla general usan las palabras: exhorto, ruego, suplico, etc. Moisés empero dice: mando, prohíbo; y, además, amenaza y asusta con castigos y penas horribles. En base a esta instrucción puedes leer y oír con provecho los evangelios.

Cuando, pues, abres el libro del evangelio y lees o escuchas que Cristo se encamina de un lugar a otro o que le traen a alguien, debes captar en ello la predicación, o sea el evangelio, mediante el cual él se acerca a ti o tú eres llevado a su presencia, puesto que predicar el evangelio no significa sino que Cristo acude a nosotros o que nosotros somos llevados a su presencia. Cuando ves que él obra y ayuda a todos aquellos a quienes acude y a los que son llevados a su presencia, has de saber que esto tiene el propósito de producir en ti la fe y que Cristo por el evangelio ofrece a tu alma la misma ayuda y los mismos beneficios. Si calmadamente permites que Cristo te haga bien (es decir, si crees que él te beneficia y ayuda), lo posees con seguridad, Cristo será tuyo, como un don que te ha sido dado. Luego es necesario que lo tomes como ejemplo y también ayudes a tu prójimo de la misma manera haciendo lo mismo, y que también tú le seas un don que le ha sido dado y un dechado. De esto dice Isaías 40: "Tened ánimo, tened ánimo, mi querido pueblo, dice vuestro señor Dios. Hablad al corazón de Jerusalén, anunciadle que su pecado está perdonado; que su iniquidad ha terminado; que ha recibido de la mano del Señor un doble beneficio por todos sus pecados, etc." Estos dos beneficios se refieren a las dos dimensiones de Cristo, el cual es don y dechado a la vez, lo cual también queda señalado por la doble herencia que la ley de Moisés adjudica al hijo primogénito. A ello se refieren también muchas otras metáforas.

Es realmente vergonzoso que nosotros, los cristianos, hayamos llegado al extremo de ser negligentes respecto al evangelio. No sólo no lo entendemos, sino que es necesario que mediante otros libros y exégesis se nos indique qué podemos buscar en él y esperar de él.

Pues precisamente para eso se han escrito los evangelios y las cartas de los apóstoles, para que ellos mismos sean tales indicadores, orientándonos en la Escritura de los profetas y de Moisés, es decir en el Antiguo Testamento, e instruyéndonos para que leamos allí mismo y veamos cómo Cristo está en ella envuelto en pañales y puesto en el pesebre, es decir, como está contenido en la Escritura de los profetas. De este modo deberíamos ejercitarnos en el estudio y la lectura para ver quién es Cristo; para qué nos ha sido dado; para qué ha sido prometido y cómo se refiere a él toda la Escritura, tal como él mismo dice en Juan 5: "Si le creyeseis a Moisés, también me creeríais a mí; porque de mí escribió él". Asimismo: "Escudriñad e investigad las Escrituras; puesto que ellas son las que dan testimonio de mí"

A esto se refiere Pablo en el primer capítulo de la epístola a los romanos, cuando en el mismo comienzo dice, en el saludo, que el evangelio ha sido prometido por Dios por medio de

los profetas en la Sagrada Escritura. A esto se debe que los evangelistas y apóstoles nos remiten siempre a las Escrituras, diciendo: "escrito está", y asimismo: "esto aconteció para que se cumplieran las Escrituras de los profetas", etc. En Hechos 17, cuando los tesalonicenses escucharon la palabra con todo agrado, dice Lucas que estudiaron y escudriñaron día y noche las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Igualmente en la introducción de su carta dice San Pedro: "En busca de esta salvación vuestra han averiguado los profetas, los cuales profetizaron acerca de la gracia que había de venir a vosotros, investigando a qué tiempo y circunstancia apuntaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual preanunciaba los sufrimientos que hay en Cristo y la gloria que le sobrevendría; lo cual también les fue revelado, pues no han expuesto para ellos mismos, sino para nosotros, estas cosas que ahora se predicán entre nosotros por el Espíritu Santo, enviado del cielo, cosas que también los ángeles quisieran ver".

¿Qué se propone Pedro con todo esto sino introducimos en la Escritura? Es como si quisiera decir: "Os predicamos y os abrimos la Escritura por el Espíritu Santo, para que vosotros mismos podáis leer y ver lo que hay en ella y de qué tiempo escribieron los profetas". Lo mismo dice él también en Hechos 4: "De estos días hablaron todos los profetas que han profetizado, desde Samuel y en adelante. Por eso mismo dice también Lucas, en el último capítulo, que Cristo les abrió a los apóstoles el sentido, para que entendiesen las Escrituras. Y Cristo dice, en Juan 10, que él es la puerta; que por él hay que entrar, y al que entra por ti le abre el portero (el Espíritu Santo), para que encuentre pastos y la bienaventuranza. Resulta, pues, evidente, al fin y al cabo, que el evangelio mismo es "indicador e instructor en cuanto a la Escritura, de la misma manera que yo, con este prólogo, he querido hacer ver el evangelio y enseñarlo. Pero mira, ¡qué niños buenos, delicados y piadosos somos! Con el objeto de no tener que estudiar la Escritura y aprender a conocer a Cristo en ella, desechamos todo el Antiguo Testamento, como si ya hubiera caducado y no tuviera ningún valor. Y sin embargo, sólo él lleva el nombre de "Sagrada Escritura", no siendo el evangelio propiamente ninguna "Escritura", sino "palabra oral", que expone la Escritura, como lo hicieron Cristo y los apóstoles. Por tanto, Cristo mismo no escribió nada, sino solamente hablaba. No llamó "Escritura" a su enseñanza, sino "evangelio", lo que es "buena noticia" o "un buen anuncio", que no ha de propagarse por la pluma, sino por ir boca. Nosotros, empero, nos apresuramos a hacer del evangelio un código de leyes, un manual de mandamientos, convirtiendo a Cristo en un Moisés, y al que vino a auxiliarnos lo convertimos en un simple maestro. Lo justo es que nos haya dejado sucumbir a la doctrina del papa y a mentiras de hombres, época en la que desechamos su Escritura, y, en lugar de la Escritura Sagrada, tuvimos que aprender las decretales de un insensato mentiroso y farsante malicioso. ¡Ojalá se conociera entre los cristianos el evangelio genuino, y mi trabajo careciera de toda utilidad y fuera superfino! En ese caso, se podría esperar que también la Sagrada Escritura resurgiese en su dignidad. Basta esto para un prólogo de instrucción en muy pocas palabras. Nos proponemos explayarnos más en la exégesis. Amén.

SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 25 DE NOVIEMBRE DE 2006